

DOS DE DICIEMBRE, DIA PANAMERICANO DE LA SALUD

El 2 de Diciembre, día Panamericano de la Salud, fué celebrado dignamente en Bogotá y en muchas poblaciones del territorio colombiano. El concursos del niño sano se llevó a término en las siguientes ciudades: Bogotá, Cúcuta, La Dorada, Isla de San Andrés y Providencia, San Andrés (Santander), Florencia (Caquetá), Palmira, Neiva, Pereira, Mocoa, Vélez, Barbacoas, Filandia, Silvia (Cauca), Ocaña, Riosucio, Socorro, Pitalito, San Gil, Buenaventura, Baraya, Villavieja, Duitama, Guapí, Popayán, Ibagué, Girardot, Garzón, Armenia, Chaparral, Chiquinquirá, Fusagasugá, Líbano, Sogamoso, Villavicencio, Arauca, Honda, Ipiales, Málaga, Pasto, Puente Nacional, Pamplona, Cali, Uribia, San Agustín (Huila), Oiba, Bucaramanga, Venadillo, Coper, Yolombó, Itsmina, Tunja y 15 poblaciones de Boyacá.

En Bogotá además del concurso del niño sano, se inauguró la construcción de los edificios para el Instituto de Epidemiología e Investigación Médica en un predio vecino del Instituto Lleras. Igualmente se dió al servicio un nuevo restaurante maternal de la Cruz Roja. En esta ceremonia llevó la palabra el Profesor de Pediatría, doctor Calixto Torres Umaña.

Transcribimos en seguida las palabras pronunciadas por el doctor Luis Patiño-Camargo en el acto de inauguración del Instituto de Epidemiología e Investigación Médica, ceremonia que presidió el señor Ministro de Higiene y a la cual concurrió un numeroso y selecto público.

Por honroso encargo del Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social, inauguró solemnemente en éste 2 de diciembre de 1942, día panamericano de la salud, la construcción de los edificios para el Instituto Nacional de Epidemiología e Investigaciones Médicas.

El santo Arzobispo Primado de Colombia, representante de Cristo en la tierra, a quien los católicos acatamos y veneramos con cariño, acaba de bendecir la piedra angular de los laboratorios y de solicitar para esta obra de salubridad pública la bendición de Dios.

Corresponde a la administración eximia del Excelentísimo Presidente López iniciar una nueva institución, exclusivamente dedicada a la indagación científica y a la salubridad pública. Ahí junto se destaca el Instituto Lleras, creado por el Presidente López en su primer gobierno. En ese templo de la ciencia habría oficiado el sabio profesor Lleras si la muerte no lo hubiese arrebatado prematuramente en día aciago para la ciencia y para la patria. Sus discípulos han seguido las huellas de aquel varón insigne y con fervoroso anhelo de servir lealmente a la república, se han esforzado en cumplir los propósitos del Estado en beneficio de los enfermos del mal de San Lázaro. Los trabajos sobre seroterapia antileprosa, los buenos resultados con tratamientos quimioterápicos, las pesquisas entomológicas en busca de transmisores del virus de la lepra, son frutos que el Instituto Lleras ha conseguido impetrando las luces de aquel varón de selección.

Preocupación permanente y máxima del gobierno de Colombia ha sido la atención de la salud del pueblo. A la vista de todos los hombres de buena voluntad, que no quieran tener los ojos vendados, están muchas de las obras realizadas: la sostenida campaña contra el parasitismo intestinal, cuyos resultados pueden comprobar los observadores, traducidos en el mejoramiento del tipo humano en muchas zonas enantes dominadas por el cretinismo, el enanismo y el coto; la lucha contra la fiebre amarilla en cooperación con la benemérita Fundación Rockefeller, cuyo objetivo ha sido la protección del colono de las selvas con la vacunación; la extensión de la campaña contra la lepra; los famosos centros de profilaxis contra las enfermedades venéreas y contra el cáncer; la extensión de la campaña contra la tuberculosis; la difusión por todo el territorio colombiano de las instituciones de protección materna e infantil; el alivio de numerosos pacientes tullidos en las orillas de los grandes ríos por los dolores terebrantes y las úlceras pánicas; las comisiones médicas en las agrestes comarcas donde la fiebre petequial mataba enantes silenciosamente familias enteras de labriegos; la forma decidida como la higiene nacional afrontó la epidemia de Bartoneliasis, Enfermedad de Carrión o Fiebre Verrucosa del Guáitara, situando en Nariño cuantos recursos pudo allegar campaña que ha tenido como resultado la conjuración de gravísimos peligros y el alivio de muchos dolores humanos. Y no quiero proseguir por no hacerme interminable.

Fué creado el Instituto Nacional de Epidemiología e Investigaciones Médicas por el gobierno del ilustre Presidente Santos, por Decreto N^o 1741 de 18 de julio del presente año. Ha querido el gobierno tener un organismo coordinador que fomente, oriente, reparta y dirija los trabajos de investigación científica de las distintas entidades, en busca de un servicio básico a las campañas sanitarias

que adelanta el estado; un consultor técnico del Ministerio de la salubridad pública; un órgano de comunicación con las distintas entidades científicas tanto nacionales como extranjeras, para el fiel cumplimiento de las disposiciones de los convenios internacionales de salubridad pública, singularmente en materia de epidemias y enfermedades comunicables; y un lugar de preparación y adiestramiento de personal.

El paludismo en cómputos mínimos, anualmente ataca tres millones y medio de personas en el territorio colombiano y produce 18.000 defunciones. Se conocen hasta 27 especies de mosquitos anofelinos, pero no su biología ni la distribución en el territorio nacional y no se sabe cuántos sean vectores. Y esos estudios elementales son básicos para la campaña antipalúdica.

Sobre Bartoneliasis, Enfermedad de Carrión o Fiebre Verrucosa del Guáitara siguen en la sombra puntos trascendentales: Vectores de la enfermedad, reservorios del virus, mecanismo de transmisión al hombre, remedio específico y vacuna preventiva.

Existe el Tifo Exantemático de virus de piojos y virus murino transmitido por las pulgas con brotes epidémicos en Bogotá y los altiplanos vecinos; está demostrada la presencia del Tifo Exantemático en las altiplanicies de Pasto, Ipiales y Túquerres, en la hoya del río Cauca, en las bases de la sierra nevada del Cocuy y en otros varios sitios.

La Fiebre Petequial de Tobia y sus vecindades tiene otro foco mortífero en Santander sobre tierras de Betulia, San Vicente de Chucurí y Zapatoca. Se ha comprobado la transmisión por algunas especies de garrapatas de las numerosas que pueblan nuestros campos, pero falta mucho por investigar.

La vacuna de Cox contra el Tifo y la Fiebre Petequial, remitidas gentilmente por el Doctor Dyer Director del Instituto de Higiene Pública de Norteamérica y por el doctor Parker del Laboratorio de Hamilton, Montana, experimentalmente en animales da resultados óptimos de protección. Se han vacunado cerca de 3.000 personas en las regiones de Tobia, Zapatoca, Valle del Cauca y Sabana de Bogotá, pero falta hacer la observación metódica en el hombre y fijarle a la vacuna su alcance protector.

La tripanosomiasis humana apenas está entrevista; apenas se sospecha existencia de leishmaniasis y esquistosomiasis humanas y así hay otras muchas entidades por estudiar.

Las cuestiones de nutrición son fundamentales. Los estudios bromatológicos y la fijación de la ración alimenticia del pueblo en las diversas zonas de nuestro territorio son cuestiones vitales.

Es un postulado científico que las guerras prolongadas y las graves calamidades públicas abonan el terreno y hacen propicio el

organismo humano para las grandes epidemias. La historia humana abunda en ejemplos palmarios: la peste asoló a Europa y llegó a matar hasta la cuarta parte de sus habitantes después de las guerras persistentes. En Rumania murieron en 1915 por Tifo Exantemático 35.000 personas. Entre 1919 y 1922 hubo en el centro de Rusia 10 millones de casos de aquella dolencia. Sin haber participado nosotros en la pasada guerra universal, sufrimos la pavorosa epidemia de gripa.

Y ahora los múltiples focos de Tifo Exantemático dentro del territorio, son una campanada de alarma. Ya tuvimos en 1630 aquella terrible epidemia de Santos Gil que devastó la capital del virreinato y las poblaciones de la cordillera oriental y que mató aproximadamente el 80% de los individuos atacados.

La inauguración de estas obras que hace el gobierno para conmemorar el día panamericano de la salud, es de trascendencia y de utilidad palpitantes. Es fácil prevenir y es difícil curar. Pero es obligación de los centinelas dar la voz de alerta del peligro aunque se alarmen las gentes y se despierten los niños. En todos los tiempos y en todos los países se ha criticado a los médicos porque cuando avisan peligro de graves epidemias, se empeñan en mantener despierta la conciencia pública. Así ocurrió en Milán en la peste negra de 1630. Un protomédico fué declarado impertinente y alarmista durante tres años. Se vió luego que tenía razón cuando llegaron a morir diariamente 3.500 personas en la ciudad, pero ya era tarde. El Tifo Exantemático, como la peste bubónica, es enfermedad pestilencial: proseguir señalando sus peligros es un imperativo de conciencia.

Cuando todo augura la pronta y feliz terminación de la guerra, con el triunfo de la sagrada causa, de las democracias, debemos alistarnos a combatir los morbos consecuenciales de la guerra.

Al hablar de epidemias aprovecho esta solemne ocasión para rendir un fervoroso y emocionado homenaje a la memoria de tres varones egregios que en 1630 denodada y heroicamente combatieron, uno con el sacrificio de su preciosa vida, la epidemia de Santos Gil, y salvaron muchas vidas y mitigaron muchos dolores:

el arzobispo de San Fé de Bogotá, Monseñor Bernardino de Almanza, contagiado y muerto por el tifo;

el reverendo padre Mateo de Villalobos, superior de los Jesuitas y el cirujano don Pedro Solís de Valenzuela, médico de la ciudad.

He dicho.

LA XI CONFERENCIA SANITARIA PANAMERICANA

Según lo acordado en Bogotá en septiembre de 1938, cuando se verificó aquí la X Conferencia Sanitaria Panamericana, acaba de celebrarse en el año pasado y también en el mes de septiembre, la XI Conferencia que esta vez tuvo por sede a la incomparable ciudad de Río de Janeiro.

La importancia de esta reunión puede colegirse de las numerosas delegaciones que a ella concurrieron y de la trascendencia de los votos que se aprobaron en esta memorable asamblea. Todos los países del Continente estuvieron presentes y como un hecho de excepcional relieve, por primera vez el Canadá tuvo representantes en esta Conferencia. Era más que justo que este gran país, cuya cultura y ciencia contribuyen tanto al bienestar de la humanidad, participara de estas deliberaciones en las que se contempla siempre el gran problema de la sanidad continental.

Presidieron las deliberaciones los doctores João de Barros Barreto y H. S. Cumming, prestigiosas figuras de la sanidad americana. El primero como Director General de Salubridad del Brasil y el segundo como Director de la Oficina Sanitaria Panamericana, tienen bien ganada fama de expertos y sabios conductores de la higiene pública.

Los votos y resoluciones emitidos por la XI Conferencia Sanitaria, abarcan todas cuestiones de máxima actualidad y su lectura detenida deja la sensación de que los higienistas que concurrieron, tuvieron la más clara visión de los problemas que en la hora presente y en el futuro contempla y habrá de contemplar América.

Todos esos puntos se refieren a la defensa continental de la salud pública; a los servicios cooperativos de higiene pública entre autoridades civiles y militares; a la importancia cada vez mayor que cobra en la salubridad pública, la ingeniería sanitaria y la urgencia de incorporarla en las vastas campañas higiénicas. El problema de la nutrición volvió a ser motivo de un voto especial y en forma destacada, la recomendación de una política de higiene de la leche. La habitación, el código sanitario, la bioestadística, la malaria, el tifo exantemático, la enfermedad de Chagas y la gripa, fueron también motivo de expresivos votos y recomendaciones.

La Conferencia decidió igualmente, que la segunda Conferencia Panamericana de Lepra, se verifique en el Brasil, país cuyos excelentes y admirables progresos en la lucha contra este terrible flagelo, constituyen un ejemplo para el Continente.

Finalmente esta asamblea aclamó muy justamente a Caracas, como sede de la XII Conferencia Sanitaria Panamericana que habrá de verificarse en el año de 1946.

Tal fué, brevemente resumida, la múltiple actividad de esta

cita que se dieron en la capital carioca, los Sanitaristas de América, siempre animados por el noble ideal de hacer de nuestro Continente esta tierra de promisión donde salud, paz y libertad, tengan hondas raíces prendidas en el inmovible subsuelo de su joven democracia.

Jorge Bejarano

EL DOCTOR MONTOYA Y FLOREZ

Por *José Ignacio Chala H.*

El Profesor Juan B. Montoya y Flórez constituye una figura gloriosa de la ciencia médica colombiana. Clínico sagaz, cirujano experto, investigador silencioso y fecundo, escritor de abundante y castizo decir, hombre de vigorosa cultura, sabio en muchas y altas disciplinas médicas y, por sobre todo esto, austero y fielmente consagrado a su deber profesional.

Educado en las postrimerías del siglo XIX, perteneció a la generación ilustre de Pasteur y sus discípulos. Graduado en 1892 por la Facultad de Medicina de Bogotá, emprendió viaje a Europa y allá en París, en el ambiente cultural y maravilloso de la ciencia médica francesa, estructuró reciamente su mentalidad y aquilató su saber con las enseñanzas de los más eminentes profesores. De este contacto espiritual, acaso más que del aprendizaje científico, derivó Montoya y Flórez un profundo amor por la verdad científica, ese fervor investigativo sutil y aún original que jamás se extinguió en él.

Con fervoroso entusiasmo Montoya y Flórez aprendió de Pasteur y de sus más insignes discípulos la en aquel entonces incipiente ciencia bacteriológica. A su regreso a Colombia, en 1896, fundó la primera cátedra de esta materia en la Facultad de Medicina tras encomiable y meritorio esfuerzo.

Siguiendo entonces las normas fundamentales de sus maestros y poniendo en práctica sus enseñanzas, Montoya y Flórez descubrió en las lesiones del carate unos hongos que él consideraba como causantes del mal. Años más tarde vuelve a París, ya no como humilde estudiante, sino con fecundo bagaje intelectual y científico cristalizado en sus estudios sobre el "Mal del Pinto". En 1898 obtuvo el título de Doctor en Medicina y Cirugía concedido por la Facultad de Medicina de París, con su tesis "Les Caratés de Colombie".

Sus magníficos estudios sobre el carate lo estimularon para seguir sus investigaciones y emprender trabajos por demás difíciles en el campo científico de la lepra. Sus indagaciones a este respecto

fueron múltiples y abarcaron desde la etiología y patogenia hasta la profilaxis y tratamiento de esa enfermedad. Sus apreciaciones fundamentales sobre el problema de la lepra en Colombia fueron de inmenso valor para el médico especialista y aún para el legislador.

Durante la administración del General Rafael Reyes desempeñó el cargo de Director Científico de los Lazaretos y como tal los visitó uno a uno, estudió un inmenso número de pacientes atacados por el "mal bíblico" y como fruto de sus observaciones recogidas con paciencia benedictina y cuidadoso interés, elaboró el libro "Contribución al estudio de la lepra en Colombia", publicado en 1910 como homenaje a los mártires de la patria. Antes, en 1906, había escrito otro intitulado "Tratamiento y Profilaxia de la lepra" y en 1912 un folleto "La lepra en Antioquia".

La lectura de estas publicaciones autoriza para decir cuán bien informado estaba al respecto. Practicó investigaciones bibliográficas en relación con el origen y propagación de la lepra en Colombia; estudió los métodos profilácticos puestos en práctica desde la colonia hasta 1910; elaboró un estudio estadístico de la enfermedad y en vivísimos cuadros de un realismo desconcertante señaló los focos leprógenos en varios departamentos de la República. Igualmente analizó las teorías del contagio y herencia como factores de propagación del mal; estudió la legislación antileprosa y recapituló los variados métodos eclécticos de terapéutica contra el "mal de Hansen".

Montoya y Flórez fué no sólo hombre de estudio y gran científico, sino además un médico práctico y un virtuoso de la cirugía. Ejerció su apostolado con absoluto desinterés y sin ostentación, con la integridad de un perfecto caballero y la hidalguía de un verdadero cruzado. Fué un médico que a la cabecera del enfermo supo con sagacidad prodigiosa, no solamente interpretar las leyes de la fisiología y patología, sino también alentar al paciente con sus palabras llenas de optimismo como emanadas de una alma grande y un corazón generoso.

Su prestancia científica, aquilatada por propios y extraños, fué ejemplo para los varones de la época, austeros en las virtudes cotidianas de la vida y esforzados paladines en los dominios de la ciencia.

Así tan armoniosa y biológicamente preparado para su misión, Montoya y Flórez fué uno de los científicos más admirados, a quien la medicina colombiana debe un tributo de perenne admiración y gratitud. El Prof. Montoya y Flórez enalteció al cuerpo médico nacional con su prestancia científica y a la sociedad con las virtudes propias de su estirpe. Su recuerdo es digno de fervorosa admiración.

FACETAS DE UNA VOLUNTAD

Por *Gabriel Toro Villa*.

Fecundo, como siempre, el lecho de la pobreza fué pródigo en el hogar de los progenitores de Juan Bautista Montoya Flórez. Muchas las bocas, escaso el sustento, esquivo la fortuna y múltiples las necesidades de la vida; ese es el ambiente donde pasa su infancia ayudando al padre en labores agrícolas y conduciendo al mercado vecino lo que el agrio pegujal produce.

Más tarde entra al laboreo de minas, que hacen notable a Titiribí, pueblo donde vió la luz al finalizar la sexta década del siglo XIX. Con orgullo relataba el Profesor el haber sido *carreteador* de mineral en "El Zancudo".

Robando tiempo a sus menesteres del campo hace sus primeras letras en las escuelas del pueblo. En algún desahogo pecuniario de la familia viene a Medellín e inicia sus estudios de segunda enseñanza que pronto ha de suspender para volver al lado de los suyos.

Encuentra empleo como mozo de botica; así se despierta su afición a la Medicina.

Al regresar de una de sus andanzas en recolección de plantas medicinales hace parte del camino con los que más tarde han de servirle de Mecenas influyentes, en el curso de la conversación descubren las capacidades del muchacho.

Hablan y convencen al abuelo acaudalado de que en el aprendizaje de boticario se esconde una esperanza para la Medicina; consiguen que le asigne una modestísima pensión para que estudie en Bogotá.

Allá completa y revalida su bachillerato, entra a la Facultad de Medicina que le atrae con fascinación y hace buenas relaciones. Es nombrado Pasante Nocturno y más tarde Profesor de Física en la Universidad Católica regentada por el doctor Carlos Martínez Silva; consigue otros puestos en la enseñanza y, cuando entra al viejo Hospital de San Juan de Dios y se considera capacitado para servir de practicante, abre oficina de tál. Nada le arredra, nada le detiene, el muchacho de Titiribí necesita aumentar la escasa mesada que recibe para poder llevar vida decorosa en la Capital.

En 1892 obtiene el título de Doctor; vuelve a la tierra chica con el espíritu abierto a más amplios horizontes, viene a conseguir del abuelo medios para ir a Europa. Visto el triunfo de la altiplanicie sus Mecenas intervienen de nuevo y consiguen, comprometiendo su responsabilidad, que su protegido, ya triunfante, realice su proyecto.

Dos años más tarde vuelve al país y a Medellín y empieza labores. Con Maldonado y Rafael Pérez se emula para iniciar en la ciudad la era de la antisepsia y de la alta Cirugía, hasta que los tres, más tarde Maldonado y Montoya —pues Pérez ha emprendido el viaje sin retorno— logran establecer un modestísimo centro quirúrgico en uno de los corredores del Hospital.

Era entonces la Bacteriología una ciencia desconocida en Medellín. Montoya y Flórez que se había iniciado de labios del mismo Pasteur y de sus primeros discípulos, abre cátedra gratuita y privada para los pocos alumnos con que cuenta la Facultad de Medicina, les enseña y lleno de entusiasmo trabaja con ellos. En estas labores tropieza con el Carate y se da a estudiarlo, hace preparaciones y cultivos y recolecta escamas.

Cuando ha podido reunir algunos ahorros vuelve a Europa, continúa en París los estudios reglamentarios viviendo con una economía llena de privaciones. Cuando estaba de vena con amigos de confianza había que oírlo relatando su vida en un grupo de estudiantes rusos, en una buardilla, donde cada uno preparaba la comida por turno riguroso, mientras los otros asistían a los cursos.

Es acogido por Saboureaud en su Laboratorio para continuar los estudios e investigaciones sobre el carate, trabajando con el material que ha llevado y con el que de Antioquia se le envía. Cuando los termina le sirven como tesis para obtener el Doctorado en la Facultad de París. No es Doctor a secas, obtiene por su tesis "*Les Caratés de Colombie*" un lauro, que al serle entregado por Dieulafoy, su Presidente de Tesis, le dice: "La Facultad de Medicina de París agradece al Doctor Montoya y Flórez los nuevos conocimientos que le aporta".

Le acompañaban ese día algunos amigos colombianos. A uno de ellos le oí relatar que Besnier, abanderado de la Dermatología Francesa, ya anciano, pide que lo conduzcan donde el nuevo Doctor y le da un abrazo de congratulación y entusiasmo.

De entonces a hoy ha pasado mucha agua bajo el puente. Los trabajos de Montoya y Flórez fueron citados en todas las obras de Dermatología; Castellani creó dos especies nuevas en su clasificación de hongos patógenos, *Montoyella* y *Montoyai*, para designar los encontrados en el carate. Por él fué conocida nuestra Medicina en Europa pues era el único médico colombiano que tenía nombre propio en el exterior. Años más tarde, al hacer una inscripción o durante una presentación entre médicos era obligada la pregunta sobre Montoya y Flórez y los carates, esto mismo servía de tema para fijar, como Panamá, nuestra posición geográfica.

Vienen luego dudas sobre el valor etiológico de los hongos estudiados por nuestro coterráneo; más tarde se descubre la espirila que hoy se considera como el agente productor. Sin embargo el Pro-

fesor Brumpt, en su conferencia sobre Carate en la Facultad de Medicina de Medellín al hacer la síntesis sobre la historia etiológica de tal entidad atribuye a los hongos un papel importante como agentes de infección secundaria y termina diciendo que en todo caso la Tesis de Montoya y Flórez sobre carate continuará siendo *le livre du chévet* de quien estudie dermatología tropical.

Estudia Montoya y Flórez más Cirugía y sigue con asiduidad al genial Doyen por quien fué tan grande su admiración que hasta trató de imitarlo.

Vuelve a Medellín provisto de un rico equipo médico-quirúrgico: trae un magnífico laboratorio bacteriológico, el primer aparato de Rayos X introducido al país, los primeros aparatos para Fisioterapia; instrumentos quirúrgicos sin cuento, entre ellos algunos que personalmente ha modificado donde Colin, quita a las tijeras de Ségoné para Histerectomía los ojos digitales y las hace fabricar para ser empuñadas con toda la mano a fin de poder trabajar más rápidamente y con menos maltrato para los dedos, pomposamente las llama "*Mis Tijeras*".

Abre la era de la antisepsia y emprende en intervenciones hasta entonces no hechas entre nosotros.

Había que considerar el medio en que actuaba. Un Hospital pobremente dotado, ya del primitivo corredor donde se iniciara la Cirugía años atrás se había pasado a una modestísima salita de Cirugía cuya arquitectura en todo pecaba contra todo principio de asepsia.

En la clientela civil una intervención quirúrgica para ser descrita necesita la pluma maestra de un escritor de costumbres. Lo que en Medellín pasaba a principios de este siglo pasaba también en Bogotá y en otras ciudades de la República.

Convenida una operación empezaba la contribución forzosa de los parientes y vecinos del barrio en vasijas para agua hervida, receptáculos para desechos y aguas sucias, toda clase de objetos aplicables a enfermería, telas impermeables, que bien pudieran venir del lecho de una púérpera infectada, etc., etc.

Se cerraba la puerta de la calle y quedaban en el interior: el sacerdote que administró los últimos Sacramentos y queda allá para el caso de tener que rezar las oraciones de los agonizantes; las señoras de la parentela y algunas vecinas *muy entendidas* pues han estado en otras labores de Obstetricia o Cirugía con el doctor *Manuelito* (Manuel Uribe Angel) o con *Tomásito* (Tomás Quevedo, padre). La concurrencia masculina es completa: desde el pariente hacendado, hábil cirujano de terneros, el comerciante, que ese día no ha abierto su almacén, los amigos de la víctima hasta el *tormento de la familia*, quien por su nariz enrojecida y sus vestidos raídos muestra sus aficiones al rón y ser un *paranada* (ese día sí ha de

prestar grandes servicios, él tendrá que correr a la botica más cercana a buscar lo que falta, sin dejar de informar durante el trayecto a todo perro y gato que encuentre sobre la marcha de la intervención).

Así se hacía la Cirugía. Entre las risas de sus interlocutores narraba Montoya y Flórez la primera tiroidectomía que hizo, posiblemente la primera en Colombia:

Se trata del apuntador de una compañía de zarzuelas que actuaba en Medellín. Resuelve hacerse quitar la tumefacción que deforma su cuello y se somete a ser operado en casa de unas tías lejanas.

El cuadro está completo. Acompañan al Doctor, como anestesista un médico que más brillaba por ser un admirable *causeur* y, como ayudante un médico general, de alguna edad.

Reinaba entonces la creencia de que la cirugía del cuello era peligrosa por las embolias de aire que pudieran penetrar por las venas abiertas. Se principia entonces la operación, el anestesista descuida su labor por entrar en comentarios políticos con un curioso que para estar más cerca se ha encargado de verter gotas de cloroformo en el cucurucho de cartón, único aparato que se conoce, cuando éste le sea presentado; se mueve el enfermo y trata de despertar, regaña Montoya y Flórez y para suplir el defecto de anestesia se le da una vez una gran cantidad de cloroformo; viene entonces un período sincopal, deja de respirar el paciente; por la mente de los médicos se pasea el espectro de la embolia gaseosa, alguno exterioriza la terrible sospecha, respiración artificial, inyecciones, etc., etc. Cuando se reanuda el trabajo el ayudante sudoroso y pálido dice al cirujano: "*No puedo seguir, se me salieron y tengo mucho dolor...* (Las hemorroides procidentales). Otra suspensión, mientras el adolorido galeno entra a una pieza a hacerse la reducción para continuar la ayuda. Cuando ya se terminaba la intervención, movimiento y gritos de la concurrencia, "*se ahoga, se ahoga*, decían, "*No, está respirando bien*" contradice el anestesista. Entonces le explican lo sucedido: una de las tías, en una demostración de gran histeria se ha arrojado vestida al baño de inmersión en las faldas largas que entonces se usaban, se debatía por poder salir.

Con todas estas vicisitudes el éxito fué completo.

Así se va creando la Cirugía.

Hacia 1906 llama el General Reyes, condecorador de sus méritos en París, al doctor Montoya y Flórez para encargarlo del servicio científico de los lazaretos. Va a Bogotá y se empeña en árduas labores; hace salir a los sanos, es entonces víctima de alzamientos y asechanzas de aquellos que por él se ven privados de una pensión que recaban indebidamente, su impavidez y valor le salvaron la vida; escribe un libro del cual publica la primera parte, historia

distribución, estadística, etc., etc. Visita a Contratación y Caño de Loro; investiga paralelamente el bacilo de Stefansky en las ratas, buscándole posibles nexos con el de Hansen en la etiología de la lepra humana; estudia la dactilitis mutilante de las gallinas que ha visto frecuentemente en una localidad vecina a Agua de Dios y que le recuerda la enfermedad de Morvan; en una palabra no da reposo a su espíritu de observación.

Es recibido su libro sobre lepra con entusiasmo por el cuerpo médico del país y bien apreciado en el exterior; una carta me mostró del Profesor Ehlers de Copenhague en que le pide permiso para traducirlo.

Vuelve a Medellín a fines de 1910 y se dedica definitivamente a la Cirugía. Lo sorprende el alba en su gabinete, dedicado a la lectura y las últimas luces del crepúsculo en su servicio del Hospital atendiendo a sus operados, preparando a otros y vigilando las esterilizaciones, sobre lo cual es rigurosamente celoso: *“durante una operación, decía, veo los microbios como caballos”*.

Cultiva su espíritu en otras disciplinas, Bergson y William James son sus guías en las más altas elucubraciones mentales; plasma y da cuerpo, ilustrándose sobre arte, a lo mucho que ha visto en los museos de Europa; estudia nuestros aborígenes hasta convertirse en autoridad en la materia por lo cual se le hace miembro de la Sociedad Americanista de París; esudriña nuestra historia colonial y por ello se le nombra Director del Repertorio Histórico y Presidente de la Academia de Historia.

Viaja por dos veces más a Europa; va a los Estados Unidos, observa, compara métodos, descarta los antiguos y después de cada uno de esos viajes trae un nuevo y variado contingente quirúrgico a sus discípulos. Les enseña sin la menor restricción, sin la menor sombra de egoísmo, *“aprendan ésto porque yo no estaré siempre con ustedes”*, les decía.

Ya es un indiscutible virtuoso en Cirugía, maravilla ver la atención que presta a los más nimios detalles del acto quirúrgico, su certero golpe de vista, la rapidez de sus decisiones, la consideración permanente de que bajo su cuidado está una vida humana. Sus dedos parecen más acariciar que tocar las asas intestinales, las maneja con tanta suavidad como lo hiciera un artífice con un collar de sutil engarce, es ésto lo que él llama *ressitura*. Así escribe a Clínica Quirúrgica de Leningrado interrogan sobre sus opiniones los Profesores Hesse, Rubashow, y Majanz que desde la Tercera y métodos de resección gástrica: *“Como detalle técnico personal evito en todo lo posible tocar con pinzas o clamps las vísceras que se han de dejar”*.

Criticado con acritud, combatido, pasa por la vida prestando oídos de mercader a lo que de él se dice, es una flecha disparada

por el arco de una voluntad fuerte que lleva como trayectoria definida el triunfo.

No le envanecen los honores. Cuando sus discípulos colocan su retrato en la Sala de Cirugía, que le sirviera de palestra en la lucha con el dolor ajeno, habla nostálgicamente de haber llegado a la "meseta de los sesenta años", ve que ya se le acorta el tiempo de laborar.

Le nombran miembro de la Sociedad Nacional de Cirujanos de París y muy pocos de sus amigos saben de este honor.

Cuando en compañía de un colega lo visito para comunicarle que el cuerpo médico de Antioquia va a hacer un homenaje al doctor Braulio Mejía y a él en reconocimiento de sus méritos, con toda sencillez nos responde, maestro siempre: *"Muy bien pensado me parece, actos como éstos en nuestra Facultad sirven para estimular los jóvenes al trabajo"*.

Sigue en sus tareas unos años más, la muerte le asecha y le asesta dos mortales ataques de angina de pecho. Viéndole durante el segundo me dice con la mayor impavidez: *"Es tradicional en nuestra familia que la muerte se nos anuncia con unos golpes en el pecho"*.

Sucumbe al tercer ataque el 19 de marzo de 1937.